

1

Si nuestra vida es menos que una jornada
en la eternidad, si el año en su transcurso
caza nuestros días sin esperanza de retorno,
si perecedero es todo cuanto ha nacido,

¿en qué sueñas, alma mía prisionera?
¿Por qué te placen las sombras de nuestro día,
si para volar a más claros mundos
alas emplumadas llevas a la espalda?

Allí está el bien que el espíritu anhela,
allí el reposo al que todos aspiran,
allí está el amor y está el placer.

Allí, alma mía, al más alto cielo guiada,
podrás reconocer la Idea
de la belleza, que en este mundo adoro.

2

Igual que en su carro aquélla que en Berecintia
fue coronada de almenas¹, feliz de haber
alumbrado tantos Dioses, así se mostraba
en sus días dichosos esta antigua ciudad,

esta ciudad que fue, más aún que la Frigia,
abundante en hijos, cuyo poder
fue poder sobre el mundo, y no se verá ya
grandeza comparable a su grandeza, salvo la suya.

Roma sólo podía a Roma parecerse,
Roma sólo podía a Roma hacer temblar:
por eso no toleró el fatal destino

de que otro poder humano, siquiera audaz,
se jactase de igualar a la que igualó
su poderío a la tierra y su valor a los cielos.

3

Como se cruza sin peligro el torrente en verano,
después de que en invierno dominara la llanura
y raptara por lo campos, en su huida altiva,
la esperanza del labriego y la esperanza del pastor;

o como los animales miedosos ultrajan
al valiente león cuando yace sobre la arena²,
y enseñan sus encías rojas y con audacia vana
provocan al enemigo que ya no se puede vengar;

o como en Troya se vio a algunos griegos
cobardes hacerse bravos ante el cuerpo de Héctor:
así los que antaño solían, con la cabeza humillada,

acompañar la gloria del triunfo romano³,
sobre estas tumbas polvorientas muestran su arrogancia,
y osan despreciar a los vencedores los vencidos.

4

Pálidos Espíritus⁴, Sombras entre polvo,
que antaño gozábais de la claridad del día,
y en ella erigísteis este orgulloso lugar
del que ahora vemos sus reliquias cenicientas;

Espíritus, responded (y ojalá las tenebrosas
orillas de la Estigia, de donde no hay regreso,
que os envuelven en negrura tres veces triple,
no encierren del todo vuestros fantasmas umbríos),

respondedme a esto (ya que alguno de vosotros
tal vez aún se esconda por aquí abajo):
¿no sentís que vuestra pena aumenta

cuando, en ocasiones, desde estas colinas romanas
contempláis cómo la obra de vuestras manos
no será ya sino una polvorienta y desolada planicie?

5

Como el campo sembrado de verdor se hincha,
y ese verdor crece hasta ser caña tierna,
y esa caña se eriza en floreciente espiga,
y esa espiga se dora en grano, que el calor madura;

y como en sazón el campesino siega
los ondulantes mechones del surco amarillo,
los ata en gavillas, y de trigo rubio
sobre el desolado campo mil haces apila,

así, poco a poco, creció el imperio de Roma
hasta que lo segó la mano bárbara,
y sólo dejó de él los antiguos restos

que ahora cada quien saquea como los espigadores,
a paso lento, recogen lo sobrante
que de la miés deja atrás el segador.

6

¿Dónde está ahora, ay, ese desprecio a la Fortuna?
¿Dónde ese corazón que vencía a las adversidades,
ese anhelo honesto de inmortalidad,
y esa honesta llama para el vulgo ignota?

¿Dónde los placeres que al caer la noche negra
las Musas me daban, mientras en libertad,
sobre la alfombra verde de una apartada orilla,
las hacía danzar bajo los rayos lunares?

Ahora la Fortuna me domina y gobierna,
y mi corazón, que siempre fue dueño de sí,
es esclavo de mil males y lamentos que torturan.

De la posteridad ya nada me importa,
aquel divino ardor se ha apagado también,
y las Musas me rehúyen como unas extrañas.

7

Francia, madre de las artes, las armas y las leyes,
me nutriste mucho tiempo de la leche de tu pecho:
por eso ahora, como el cordero llama a su nodriza,
lleno con tu nombre las cuevas y los bosques.

Si una vez por hijo tuyo me tuviste,
¿por qué no me respondes ahora, oh cruel?
Francia, Francia, responde a mi triste llamada.
Pero nadie, salvo Eco⁵, contesta a mi voz.

En medio de lobos crueles vago por la llanura;
siento que el invierno llega, y su frío aliento
de un trémulo horror eriza mi piel.

¡Ay! A tus otros corderos pasto no les falta,
ni temen al viento, ni al frío, ni al lobo:
dime, ¿acaso seré yo el peor del rebaño?

8

¡Feliz quien, como Ulises, ha hecho un largo viaje,
igual que aquél que conquistó el toisón⁶,
y ha regresado luego, sabio y lleno de experiencia,
para vivir entre su gente el resto de sus días!

¿Cuándo volveré a ver, ay, de mi pequeño pueblo
humear la chimenea, y qué estación será
cuando vea de nuevo el jardín de mi pobre casa,
que es para mí todo un reino, y mucho más aún?

Amo más la morada que erigieron mis abuelos
que de los palacios romanos las soberbias fachadas;
más que el mármol duro amo la arcilla fina,

más mi Loira galo que el latino Tíber,
más mi pequeño Liré⁷ que el alto Palatino,
y más que el aire del mar la dulzura angevina⁸.

9

Andar con grave paso y con grave entrecejo,
y con grave sonrisa mostrar alegrías,
sopesar las palabras, mover la cabeza
para decir Messer non o bien Messer si;

entremezclar ciertas veces un breve È cosi,
y con un Son Servitor hacerse el honesto;
y luego, como quien parte tuvo en su conquista,
hablar en exceso ora de Nápoles, ora de Florencia;

señorear a todos con un besamanos,
y, a la manera de los patricios de Roma,
ocultar la pobreza con gallarda apariencia:

he aquí de esta corte⁹ las mayores virtudes,
de donde a menudo a Francia se regresa en mala montura,
sin ropa, ni salud, ni pelo, ni dinero.

10

Yo pensaba lo mismo que pensaba Ulises:
que nada era más dulce que ver de nuevo un día
el humo de su chimenea, y tras dilatada ausencia,
hallarse otra vez en medio de su tierra natal.

Me regocijaba por haber escapado del vicio,
de las Circes de Italia, de las Sirenas amorosas,
y por haber traído a Francia, a mi regreso,
el honor que apareja servir fiel y leal.

¡Mas, ay!, después del tormento de tan largo período,
mil desvelos inquietos me esperan en casa,
y roen mi corazón sin una tregua de alivio.

Adiós pues, Dorat¹⁰, seguiré siendo romano,
si el arco que las nueve Hermanas¹¹ te entregaron
no me prestas ahora para cumplir mi venganza¹².

NOTAS

1. La Diosa Cibeles, cuya corona tiene forma de torres almenadas. Perífrasis extraída de la *Eneida* de Virgilio: “*Felix prole virum: qualis Berecyntia mater / invehitur curru Phrygias turrata per urbes*” (VI, 784—785).
2. Tema de los fabulistas Fedro y, más tarde, La Fontaine.
3. En la ceremonia del triunfo, los vencidos acompañaban hasta el Capitolio al general vencedor encadenados y subyugados.
4. El poeta se dirige a las sombras de los antiguos romanos.
5. La ninfa Eco.
6. Jasón, quien, al mando de los argonautas, conquistó el Toisón de Oro en el Cáucaso.
7. Pueblo natal de Du Bellay, en la región de Anjou, en cuyo castillo de La Turmelière vino al mundo.
8. De Anjou.
9. Se refiere el poeta a la corte romana.
10. Jean Dorat o Daurat. Amigo de Du Bellay, era miembro del grupo de *La Pléiade* que, al igual que las siete estrellas así llamadas, estaba integrado por Ronsard, Du Bellay, Baïf, Belleau, Jodelle, Pontus de Thyard y el citado Daurat. Más que por su poesía, Daurat destacó por su erudición.
11. Las Musas. Según Hesíodo, éstas eran nueve: Calíope—musa de la poesía épica—, Clío—musa de la historia—, Erato—musa de la lírica coral—, Euterpe—musa de la flauta—, Melpómene—musa de la tragedia—, Polimnia—musa de la pantomima—, Talía—musa de la comedia—, Terpsícore—musa de la danza—, y Urania—musa de la astronomía.
12. Alusión al arco con que Ulises eliminó a los pretendientes de su mujer Penélope. Du Bellay, al pedir en préstamo el arco a su amigo Dorat, está refiriéndose alegóricamente al “arco de la sátira”, género con que las Musas coronaron a ese poeta.